

EL VALOR DE LAS NARRACIONES EN LA FORMACIÓN ÉTICO-PSICOLÓGICA DEL NIÑO DE NIVEL PRIMARIO

Marta Gloria Giglio
Universidad Católica de Cuyo

El objetivo de este trabajo es fundamentar, a partir de la Psicología y de la Ética, la utilización de narraciones para conformar una actitud que promueva el descubrimiento, la incorporación y la realización de valores en niños del segundo ciclo del Nivel Primario.

Con esta finalidad realizamos una interrelación entre las investigaciones de Elizabeth Lukas, desde la logoterapia, Jorge Peña Vial desde la Ética y la función de renovación, evasión y consuelo que desde siempre ofrece la literatura.

Esta triangulación nos permite señalar el potencial que encierran las narraciones como factor de prevención de ciertas enfermedades psicológicas -que vemos necesaria en la presente coyuntura cultural- y el papel educativo-moral que la lectura y la recepción de diversas narraciones, proporcionan para la formación de la personalidad.

Palabras clave: narraciones – educación moral – poder terapéutico de la lectura – nivel primario

La intervención pedagógica que proponemos propicia un razonamiento moral basado en disfrutar, descubrir, compartir y valorar las experiencias de los personajes de los cuentos maravillosos, los mitos y otras representaciones plásticas que ofrece la literatura. Queremos que los niños se dejen penetrar por el valor que estos encierran, que reflexionen sobre ellos teniendo en cuenta un horizonte vital más esperanzado, que -sin dejar de ser real- les ofrezca la posibilidad de vislumbrar que la llegada a la meta es posible, aun cuando se deban sufrir duras pruebas para alcanzarla. Nuestro objetivo es compartir con los

niños la magia y el encanto que encierran esas narraciones, y, a partir de allí, propiciar el descubrimiento, la incorporación y la realización de valores.

En este trabajo pretendemos fundamentar la utilización de las narraciones como recurso para alcanzar la valoración perfecta, tema central de nuestra investigación.

La Pedagogía, desde la *paideia* griega hasta nuestros días, ha recurrido a la Literatura como medio formativo. Ella, a través de la narración de hechos que acontecen en seres semejantes a nosotros, permite una reflexión, que podríamos llamar *connatural*, sobre los problemas

más profundos que anidan en el corazón humano: el amor, el dolor, la muerte, la felicidad, las acciones más nobles y las más viles. No vamos a la obra literaria para resolver «problemas», para «orientar nuestra vida». Éste es un plus que ella graciosamente nos concede.

Hemos elegido los cuentos maravillosos porque ellos nos ayudan a comprender el misterio de la propia vida. Estas narraciones muestran que al final nos espera algo hermoso, aunque para alcanzarlo haya que realizar un **esfuerzo**, superar los **obstáculos**, vencer **el mal**. Nos ponen en contacto con temas que nos comprometen y nos orientan en el camino que hemos de seguir para alcanzar el **fin bueno**. Además, nos traen un regalo: **la esperanza**. Todos estos elementos no aparecen con claridad, pero como la brasa escondida en el rescoldo, permanecen en el fondo de nuestro ser y fortalecen nuestra alma para darle el empuje necesario cuando la hora lo reclame.

La exigencia, la superación de la prueba que trae aparejado este tipo de relato, ayuda a romper el lazo que nos mantiene atados a las exigencias de nuestro yo. Para alcanzar la felicidad, en este mundo, que ha elevado exponencialmente los niveles de egoísmo e individualismo, la única opción es trascender de uno mismo, entregarse a algo grande, situado fuera de nosotros. En los cuentos, de la mano de sus personajes, podemos salir de esa rutina que aplana y abaja los anhelos de grandeza que aloja todo corazón humano.

También de la mano de los cuentos, casi sin sentirlo, el niño aprende a amar el bien, a creer que es posible alcanzarlo: entroncamos aquí con la necesidad de formar actitudes que promuevan la

valoración de lo bueno, la valoración que en nuestra investigación hemos denominado *valoración perfecta*. Actuar con intencionalidad en este ámbito es tarea que corresponde a la educación, pues la atmósfera cultural de la posmodernidad impide al hombre actual escuchar la llamada de los valores. Existe, como ya señalaba Joseph de Finance en 1980, una *sordera para los valores* que provoca un estado de absoluta indiferencia frente al bien honesto y sólo busca lo útil y lo deleitable, aquí y ahora. Nuestra época no focaliza el bien en lo objetivamente bueno, por eso la educación debe mostrar con mayor claridad las acciones que ennoblecen y acercan al hombre a su verdadera estatura.

El modelo pedagógico-didáctico que proponemos busca conformar una actitud positiva que permita apreciar lo valioso y cree un sustrato anímico en niños y docentes que los haga sentirse capaces de una transformación, en el sentido de la mejora, tanto personal como social. Queremos hacer al niño sensible a los valores, en cuanto a su recepción y a la disposición de la voluntad hacia ellos. Nos interesa darle herramientas para que pueda oponerse eficazmente a los errores en la percepción del bien provenientes del influjo de los procesos manipulativos que tiñen el entorno social. Si el bien es lo que todos desean, en esta época plagada de ofertas encaminadas a la manipulación de la persona con fines utilitaristas e ideológicos, es preciso acentuar la intervención educativa intencional pues la confusión opera en la casa, en la escuela, en la calle.

Llegar al punto donde verdad y bien convergen no es fácil. La narración puede

mostrar hechos, acontecimientos, historias en las que los gestos, las actitudes, las acciones de los hombres hacen patente *en una vida* la acción noble; se alcanza, entonces, el final feliz, el final que dota a la persona del sosiego que su alma reclama.

Un número considerable de los cuentos que hoy se ofrece para trabajar valores en la escuela, al tratar de hacer más *actual* su temática y al utilizar un lenguaje al *alcance* de los niños, parecen subestimar las potencialidades de la niñez en tanto ofrecen situaciones poco relevantes para el análisis y la discusión. En los casos en que se analizan en profundidad los problemas sociales, estos sirven para aumentar los niveles de angustia y la sensación de inseguridad en alumnos y maestros. La escuela, sin saberlo, puede contribuir a «repetir», a «reforzar» actitudes erradas cuando utiliza estrategias que ponen al niño en contacto con realidades del contexto que muestran solamente la faceta oscura del mundo. Con la intención de formar el juicio crítico¹, ponen «bajo sospecha» toda la realidad. Las estructuras emocionales y lógicas de los alumnos del nivel primario no tienen todavía la madurez suficiente para asimilar la crisis de valores que se les muestra. Esto puede llevar a que los educandos queden en su interior con una fuerte sensación de vacío y desesperanza. Muchas veces ello provoca niveles de angustia, que sorprenden en edades tan tempranas. El niño se siente solo frente a un mundo hostil.

¹ No cuestionamos que la escuela deba formar el juicio crítico; es uno de sus objetivos primordiales. Sin embargo, es necesario destacar las consecuencias que puede tener un modo de abordarlo que refiera sólo a lo negativo.

A nuestro juicio, las narraciones que se elijan deben poseer una doble cualidad: mostrar la esperanza y el esfuerzo. Otorgar confianza para alcanzar la meta y fuerza para vencer los obstáculos y superar las adversidades. La educación, en un mundo marcado por el hedonismo y la superficialidad, debería *entusiasmar* para el bien. Utilizamos el término *entusiasmo* con su sentido original: como exaltación del ánimo, fervor interior que proviene de una fuerza superior a la nuestra². Los cuentos, las historias que se narran deben encerrar una riqueza capaz de provocar ese entusiasmo que *movilice* hacia el bien aunque existan peligros, que otorgue la *seguridad* de que es posible llegar a la meta a pesar de las adversidades y la *confianza* en una ayuda superior aun en medio de la secularización reinante. Sólo narraciones con esos ingredientes pueden contribuir a formar actitudes que promuevan la valoración de lo bueno, *la valoración perfecta*. Hemos tenido en cuenta estos ingredientes para la selección de los textos que utilizamos en la intervención pedagógica de nuestra investigación.

El recurso a las narraciones en la educación tiene basta trayectoria que no vamos a enumerar aquí. Nos parece importante destacar la utilización de las mismas en otros campos. Elizabeth Lukas y Jorge Peña Vial, dos autores provenientes de distintas ramas científicas y diferentes latitudes, coinciden en la validez de emplear las narraciones con el fin de ayudar al hombre a descubrir el sentido de su vida en el campo de la Psicología, la primera, y a conformar su

² La palabra latina *enthusiasmus* viene del griego «en theos» que significa *llevar un dios dentro, inspiración divina, arrebató, éxtasis*.

talante moral, desde la Filosofía, el segundo.

La narración: terapia cotidiana sin terapeuta

Vamos a considerar, en primer lugar, los aportes de Elizabeth Lukas. Esta discípula de Frankl utiliza el cuento en logoterapia basada en las afirmaciones de su maestro respecto del aumento de enfermedades psíquicas provocado por *la pérdida de instintos y tradiciones* que impiden a una persona descubrir el curso de acción que debe emprender *en sincronía con su modo de ser natural*. Al hablar de pérdida de las tradiciones, Frankl apuntaba a la falta de sostén exterior que proporciona el legado de reglas milenarias de juego que cumplen el propósito de fijar pautas de vida (en Lukas, 2008: 7). Ese sostén lo otorgan, entre otras cosas, las narraciones.

Lukas, en coincidencia con Frankl, señala la relación entre enfermedad y crisis moral provocada por un entorno cultural que aleja de la vida todo sentido que vaya más allá de de «la seducción y la factibilidad». Dice Lukas (*ibid.*: 8-9):

Hace tiempo que comenzó el «mundo feliz» del que hablaba Aldous Huxley. Como reacción ante esto, muchos buscan viejos o nuevos espacios que les brinden refugio, orientación y consuelo espiritual. Pero el antiguo lenguaje ritual y simbólico se les ha vuelto ajeno, como un código olvidado. Ya no es el «ábrete sésamo» que les permitirá recuperar un estado de ánimo confiado, lleno de esperanzas que se proyectan más allá de la realidad existente. Por más que buscan, no logran deshacerse del lastre que los oprime.

Frente a esta realidad propone la utilización de cuentos para despertar en sus pacientes la fuente de esperanza que les va a permitir recuperar el sentido de sus vidas.

Entre nosotros, Claudio García Pintos -discípulo de Lukas- aborda la *biblioterapia* como recurso terapéutico: «La relación de intimidad que se establece entre lector y lectura es de tal magnitud que la letra cobra un peso y un relieve muchas veces insospechado. Así su poder de penetración es admirable y su efecto catalizador muy efectivo. El mensaje llega casi con sorpresa y moviliza en el individuo su poder de resistencia, su remanente sano, su posibilidad de superación de las adversidades» (García Pintos, 2007: 20).

Señala el autor que muchas veces nos hemos sentido «retratados en un cuento o en una canción», que hemos recurrido a un personaje de ficción o a una poesía para responder a una situación, que hemos apelado a una historia «para comprender una circunstancia de la vida». Concluye (*ibid.*: 20): «En definitiva, ¿cuántas veces hemos sentido que tal libro ‘ha ocurrido’ en nosotros? Ahí, como elemento catalizador, como circunstancia que me permite ‘darme cuenta’, como encarnación de un valor, allí mismo le encontramos respuesta al ‘para qué’ de la biblioterapia».

Ludwing Muth (citado por Lukas, 2008: 75) es quien otorga a la lectura la cualidad de ser una terapia cotidiana sin terapeuta: «(...) la risa y el llanto, el compartir experiencias y fantasías, identificarse con otros destinos, retroceder al propio pasado, volver a sí mismo de la distracción, lograr mayor profundidad, meditar. Al ir más allá del proceso banal de

información, remanifiesta el sentido más profundo de la cultura de la lectura».

Cuando la lectura ha modificado una vida, le ha permitido cambiar su rumbo, ¿qué es lo que ha resultado significativo para esa persona del libro que disfrutó? Muth (citado por Lukas, *ibid.*: 75-76) responde:

No es el haber obtenido datos útiles por medio de los libros ni haber aumentado su conocimiento profesional, ni haber saciado su curiosidad, sino el hecho de que la lectura pone en movimiento algo en el interior de la mente anquilosada. La lectura se vincula a un proceso que Ángelus Silesius pretende impulsar cuando expresa: «Amigo si eres algo, no te detengas, avanza de una luz a otra». (...) Los lectores asiduos tienden a ser personas más felices que las demás (...). La lectura continuada les ha enseñado a entretejer los contratiempos en su vida dándoles un sentido, porque han logrado madurar en su constante encuentro con el mundo de los pensamientos e imágenes en los libros.

También Viktor Frankl (citado por Lukas, *ibid.*: 76) señala el poder terapéutico del cuento cuando sostiene: «El libro justo en el momento justo salvó a muchas personas del suicidio y de eso sabemos mucho nosotros, los psiquiatras. En tal sentido, los libros son una ayuda para vivir y para morir.»

Peter Raab (en Lukas, *ibid.*: 76-77) explica cómo ocurre ese proceso:

Todo terapeuta sabe cuán difundido es el miedo a la autonomía y responsabilidad propia. A menudo un texto es apropiado para hacer perder el miedo a la persona: miedo a dar forma a su vida de manera independiente; miedo

a la vida en general y a la cesación de vida. (...) El texto deja traslucir la experiencia de que la vida puede estar colmada de sentido y ser plena pese a su imperfección. (...) Si la lectura supone un compromiso existencial de parte de una persona, le ofrece la oportunidad de iniciar un proceso profundo de maduración existencial y trabajar sobre su conciencia. (...) esta elaboración le proporcionará serenidad y sosiego, lo que a la vez le hará sentirse reconfortado y más libre.

Esto es lo decisivo y realmente terapéutico que ofrece la lectura de determinados textos: la participación en experiencias plenas de vida sin recurrir a viejas muletas, al engaño de sí mismo, a inservibles estrategias de supervivencia. El lector adquiere un tesoro de experiencias estimulantes y alentadoras que van mucho más allá de la estrechez de su propio mundo.

Desde la antigüedad, médicos, filósofos y escritores reflexionaron sobre el texto literario como terapia y apoyo, como recurso para la prevención y la curación, «(...) como forma de ayudar a toda persona a desenvolverse mejor en la enfermedad y las crisis, en el sufrimiento y la muerte. Un texto podrá significar distracción u orientación, podrá servir de modelo o de escarmiento (...), estar supeditado a metas prácticas o tener un sentido metafísico. Sea como fuere, siempre será, al decir de Kafka, *el hacha que resquebraja el mar congelado en nuestro interior*» (Von Engelhardt, citado por Lukas, *ibid.*: 77).

Se advierte con claridad en esta síntesis apretada de la obra de Elizabeth Lukas el potencial modélico de los cuentos como

recurso para provocar la *valoración perfectiva*. Ella señala que las personas que se dedicaron a estudiar el poder terapéutico de los textos «nos enseñan que el principio de esperanza que recorre toda la creación cultural de la humanidad también impregna fábulas, mitos, cuentos de hadas y leyendas. (...) encierran *una esperanza y una promesa*» (*ibid.*: 79). Afirma que la promesa, por un lado, se vincula al lado positivo de la enseñanza que nos prepara para enfrentar la vida: todo saldrá bien si nos comportamos haciendo hincapié en los aspectos positivos de la vida. Por otra parte, la promesa va más allá de la enseñanza, es auténtica portadora de esperanza: promete un resultado fundamentalmente bueno, a pesar de las limitaciones que encierra la vida.

En esta obra *-Psicología espiritual-* presenta ocho textos breves que poseen la capacidad de aleccionar y aptitud terapéutica para mitigar los trastornos psíquicos.³ El valor terapéutico de estos cuentos radica en poder desentrañar de los mismos la promesa de doble faz oculta en su interior: como deber y como referencia a un «sentido supremo», trascendente al sujeto que lo vivencia; esperanza que permanece aún cuando se haya fallado en lo referente al deber.

También nosotros vamos a fundamentar nuestra propuesta en la doble cualidad de enseñanza y promesa que contienen los textos que hemos

seleccionado para utilizar en el modelo de valoración perfectiva como recurso para alcanzar la modificabilidad actitudinal. No pretendemos que el recurso y las estrategias que utilizamos constituyan una especie de receta mágica para calmar la angustia; tampoco ofrecemos un refugio para escapar del mundo y sus peligros.⁴ Al contrario, queremos que los cuentos contribuyan a atesorar fuerzas en la interioridad de los educandos para que, cuando *llegue la hora* de enfrentar las dificultades, saquen a relucir el potencial humano que *está* en el interior. Con el transcurso del tiempo *algo* se acumula y conforma una atmósfera apropiada para ofrecer resistencia a la parálisis que se propicia desde afuera. Ese *algo* permite *percibir* la bondad, la belleza, la verdad, en definitiva los valores. Ese *algo* muestra un *horizonte* que reclama la acción e imprime *energía* para superar los obstáculos y *realizar el esfuerzo* para llegar a la meta.

En suma, al proponer la narración como herramienta para la valoración perfectiva, nos apoyamos en las investigaciones de la logoterapia para señalar su potencial también como factor de prevención de ciertas enfermedades psicológicas (los trastornos de ansiedad, de estrés postraumático, algunas depresiones producidas por pérdida de seres queridos, rupturas familiares, fragmentación de vínculos naturales). La capacidad de los niños para procesar los acontecimientos

³ Los textos utilizados por Lukas en esta obra pueden usarse para desarrollar la «valoración perfectiva». Ellos dejan un remanente sano en el interior, susceptible de ser utilizado por los niños y jóvenes, tanto para el desenvolvimiento *normal* de su vida como frente a situaciones críticas.

⁴ En este sentido, Lukas (*ibid.*: 75) señala que el relato, para la logoterapia, no constituye un *remedio mágico* que va a aportar una solución previsible; es «preciso que la persona se abra a él en un momento de receptividad particular para que ejerza su poder curativo.»

desde lo simbólico permite que, a través del relato, se fortalezcan sus estructuras psicológicas.

La narración y la conformación de la identidad moral

Jorge Peña Vial (2006) recoge testimonios de distintos autores acerca del valor de las narraciones para la educación ética, señalando el papel educativo-moral que la lectura y la recepción de diversas narraciones proporcionan para la formación de la personalidad pues contribuyen a configurar «una verdadera identidad moral en el niño» (*ibid.*: 56).

En este artículo analiza la enorme repercusión pedagógica derivada del propósito sistemático de poblar de narraciones la mente, la memoria e imaginación de los niños. Acude a diversos autores entre los que destaca a Martha Nussbaum, quien ha propuesto de modo programático y expreso el recurso a la literatura como método específico para la enseñanza de la Ética.

En la vida del hombre, es constante la búsqueda del fin y del bien, que pueden posibilitar la articulación y el entramado temporal de nuestras acciones. De ahí la importancia de las narraciones, ya sea históricas o ficticias, en la configuración de la identidad y como factor orientador de nuestro discurrir temporal:

La relevancia antropológica de las ficciones se debe a que la vida como tal no forma un todo. Al menos, su sentido depende de una totalidad que es inaccesible a nuestra experiencia ordinaria o científica del tiempo. La narración adopta un punto de vista desde el que lo casual aparece en conexión con un principio y un final, en un contexto

que nos lo vuelve inteligible. La articulación narrativa del tiempo es lo que convierte el movimiento ciego en tiempo humano, introduciendo una lógica en la mera sucesión y un límite en la extensión indeterminada (Innerarity, 1995: 166).

Numerosos autores, en la actualidad, destacan la relevancia pedagógica de los textos narrativos pues estos permiten imaginar modos de vida que capacitan al hombre para enfrentar situaciones que entrañan problemas morales. En realidad, la vida es un odisea, que reclama una toma de posición constante frente a las contrariedades que la misma entraña. Al respecto dice MacIntyre (citado por Peña Vial, 2006: 267):

Escuchando narraciones sobre madrastras malvadas, niños abandonados, reyes buenos pero mal aconsejados, lobas que amamantan gemelos, hijos menores que no reciben herencia y tienen que encontrar su propio camino en la vida, e hijos primogénitos que despilfarran su herencia en vidas licenciosas y marchan al destierro a vivir con los cerdos, los niños aprenden o no, lo que son un niño y un padre, el tipo de personajes que puede existir en el drama en que han nacido y cuáles son los derroteros del mundo. Prívese a los niños de las narraciones y se les dejará sin guión, tartamudos, angustiados en sus acciones y en sus palabras. No hay modo de entender ninguna sociedad, incluyendo la nuestra, que no pase por el cúmulo de narraciones que constituyen sus recursos dramáticos básicos. La mitología, en su sentido originario, está en el corazón de las cosas. Vico estaba en lo cierto y también Joice. Y también la

tradición moral que va desde la sociedad heroica hasta sus herederos medievales, de acuerdo con la cual el contar historias es parte clave para educarnos en las virtudes.

Las narraciones nos ponen en contacto con trayectorias vitales y de ese modo educan en las virtudes ampliando nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos. Apuntalan «las raíces de nuestra propia identidad» pues podemos atribuirnos las emociones y pensamientos de otros seres cuyo interior nos «está velado», señala Peña Vial (*ibidem*). A juicio de este autor, Steiner es quien representa el más vehemente defensor de cuentos y narraciones y, a su vez, el más conciente de los riesgos que suponen «al punto de elevar o degradar una personalidad de modo duradero»:

La puerta abierta que el niño ofrece a los visitantes nocturnos o diurnos de lo imaginario es una puerta de prístina verdad psicológica. Por ahora, la habitación está con muy pocos muebles. Los armarios están abiertos a los unicornios. Las formas consoladoras y malvadas pueden entrar y moverse con toda libertad. La historia narrada a un niño, el cuento leído o la balada aprendida de memoria, quizá, sin darnos cuenta, son tomadas en serio. Literalmente. En la mayoría de los adultos esta inmediatez tiende a disminuir. Las entradas y alarmas de lo ficticio tropiezan contra las amontonadas y aleccionadoras domesticidades de la respuesta racionalizada y desencantada. El niño prueba y ensambla sus componentes del yo naciente en íntimo comercio con la vitalidad y la sustancia de esos seres

imaginarios que llaman a su puerta. (...) Privar a un niño del hechizo de la narración, del medio galope del poema, oral o escrito, es una especie de entierro en vida. Es emparedarlo en el vacío (...). El niño ha de ser hecho accesible, vulnerable a las fuentes del ser en lo poético. Existen riesgos. Sus visitantes pueden volverse feos o hipnóticos (...). Pero los riesgos hay que correrlos. Si el niño se queda vacío de textos, en el sentido más cabal del término, sufrirá una muerte prematura del corazón y la imaginación y subrayo «en el sentido más cabal del término» (Steiner, 1992: 232-233).

Vamos a detenernos en el análisis que Peña Vial hace de los aportes de Martha Nussbaum, quien considera que la enseñanza de la Ética sólo es posible a partir de las narraciones: «La actividad moral del lector (...) involucra no sólo una participación amistosa en las aventuras de los personajes concretos, sino que es también un intento de ver a la novela como paradigma de lo que podría suceder en su vida» (Nussbaum, citada por Peña Vial, 2006: 45).

Para esta autora, sólo una filosofía moral que comprenda la complejidad y particularidad de lo real puede evitar el *estrepitoso fracaso de las éticas abstractas y normativas*. Las narrativas literarias son las únicas capaces de acercarnos a los dilemas y problemas morales concretos. En este sentido, considera abstracta la enseñanza de la ley natural y de principios y normas, pues no nos permiten comprender la complejidad de las acciones reales particulares. «La literatura -sobre todo las novelas de Dickens y James, a las cuales Nussbaum presta mayor atención- nos ofrece un

riquísimo material para una verdadera reflexión moral: descripciones densas de una pluralidad de significaciones, diversos caracteres y personajes, actitudes y ambientes, todo vívidamente descrito y sin vanos intentos de evadirse en formulaciones abstractas y vacías» (*ibid.*: 46). Estas narraciones sugieren mejores maneras de vivir, permiten modos de autocomprensión y ordenan la experiencia; muestran de modo plástico-sintético actitudes ante los conflictos y tipos de elección entre vías alternativas de conducta.

Las relaciones entre razón y emoción, tan esenciales para la acción práctica, reciben un tratamiento adecuado en las narraciones literarias. Ante la permanente reticencia y crítica del valor cognoscitivo de las emociones, que se remonta a Platón, pasa por los estoicos y culmina con el racionalismo positivista y el utilitarismo, los autores que se inscriben en la tradición aristotélica, a la que se adhiere Nussbaum, han manifestado que las emociones no son ciegas ni meramente subjetivas; por el contrario, están dotadas de intencionalidad, se vinculan a las convicciones del sujeto ya que, para arraigarse y radicarse, necesitan de un sustrato emotivo. Por lo común, las emociones nos permiten percibir lo valioso del mundo y sólo cuando se autonomizan en su normal relación con la razón, su cometido puede tornarse desfigurador. Por ello, «(...) el razonamiento práctico, si no está acompañado por la emoción, es insuficiente para la sabiduría práctica; las emociones no son menos confiables que los cálculos intelectuales, sino frecuentemente son dignas de mayor confianza que estos, y menos

engañosamente seductoras» (Nussbaum, citada por Peña Vial, *ibid.*: 53).

Para Nussbaum, las emociones morales se estructuran de manera racional, de acuerdo con juicios de pertinencia y conformidad con fines; no son un mero brotar espontáneo de una subjetividad con frecuencia caprichosa. Se aprenden de manera semejante a las creencias, pero, a diferencia de ellas, no en forma de proposiciones acerca del mundo, sino por medio de relatos e historias contadas por otros. Tales narraciones configuran la manera como vemos y sentimos el mundo y se codifican en el comportamiento social (del mismo modo, a nuestro juicio, se adquieren las actitudes). Sin embargo, no toda narración es vehículo de ese tipo de emociones morales, por lo tanto se deben seleccionar con el objetivo de servir a la configuración ética.

Resumiendo, Nussbaum recupera el valor de la literatura para permitir una apreciación más realista y concreta del discurso ético y el papel central que desempeñan las emociones o sentimientos en la experiencia moral.

Centrándonos en dicha recuperación del potencial de la literatura para el desarrollo de la valoración ética, su intento de unificar la filosofía moral con la crítica literaria avala el empleo que hacemos en nuestra investigación de las narraciones en la formación ética del niño. Cuando, en nuestro trabajo, propiciamos por ejemplo que, desde la narración histórica, se interrogue por la acción virtuosa y emule al héroe, buscamos como Nussbaum aunar la estética literaria con la filosofía moral. Ahora bien, cuando en la promoción del razonamiento moral, pretendemos que el niño objetivice los principios de la ley

natural que aparecen «escondidos» en la historia nos apartamos de sus presupuestos teóricos⁵.

También Lionel Trilling (1969: 263), novelista y crítico literario, considera que la novela es el medio más importante para ejercitar la *imaginación moral* y para formarse en un sano realismo ético:

En nuestra época, el más eficaz factor de imaginación moral ha sido la novela de los últimos doscientos años. La novela nunca fue una forma perfecta, estética o moralmente, y sus errores y deficiencias pueden enumerarse con facilidad. Pero su grandeza y su utilidad práctica radican en su incesante empeño en atraer al lector a la vida moral, en invitarle a examinar sus propias motivaciones, en indicarle que la realidad no es aquello que su convencional educación le ha inducido a creer.⁶ Nos ha revelado, más que cualquier otro género, la amplitud de la variedad humana, y el valor que esta

variedad tiene. La novela ha sido la forma literaria con que las emociones de la comprensión y el perdón se identifican, cual si formaran parte de la definición de dicha forma. En los presentes momentos, no parece que la novela tenga mucha fuerza, debido a que, en ningún otro tiempo, las virtudes propias de la grandeza han sido frecuentemente estimadas como debilidades. Sin embargo, ningún otro tiempo ha habido en que la particular función de la novela haya sido tan necesaria, haya tenido tanta utilidad práctica, política y social. Y hasta tal punto es así que, si la fortaleza de la novela no está a la altura de la necesidad que de ella tenemos, habrá motivos para lamentarnos, no sólo por la extinción de una forma artística, sino también por la extinción de nuestra libertad».

En esta línea, cabe destacar la tesis de Ítalo Calvino sobre la relación que a su juicio siempre ha existido entre la literatura y la ética. Para este autor, señala Peña Vial (2002: 108), *el campo tradicional para el abrazo entre filosofía y literatura es la ética*. En las novelas, nos interesa sobre todas las cosas «(...) las pruebas por las que atraviesa el hombre y la forma en que este logra superarlas» (Calvino, 1995: 26).

Como decía MacIntyre (citado por Peña Vial, 2006: 54), *el hombre es un animal que cuenta historias, pero un contador de historias que aspira a la verdad*; «(...) debe aspirar a la verdad, pues ésta otorga -sobre todo la de nuestra propia vida- profundidad y densidad de sentido a la narración. Las narraciones decisivas nos permiten acceder a las diversas dimensiones de la realidad, a la belleza de

⁵ Desde una interpretación situacionista, Nussbaum considera que la ley natural oprime y no tiene relación con las virtudes; frente al desorden del mundo señala que el orden natural es algo imposible de alcanzar. Para esta filósofa y literata, las normas deducidas de una «(...) *presunta naturaleza humana* contrastan, en forma muy marcada, *con la flexible, ágil y espontánea respuesta ofrecida por la persona virtuosa capaz en verdad de afrontar la actual complejidad de la vida ordinaria*» (en Peña Vial, 2006: 47; el énfasis es nuestro). Luego, no existe ningún criterio que permita discernir, *aquí y ahora, cuando una acción es buena*. «Debido a su universalidad la ley es rígida e inflexible; sólo la virtud permite responder de modo dinámico a las *complejidades inevitables que derivan de una acción humana intrínsecamente contingente*» (ibídem; nuevamente el énfasis es nuestro).

⁶ Aquí se hace referencia a la novela buena, de reconocido valor literario.

la verdad; las demás son pasatiempos inofensivos» (*ibidem*).

Las historias contadas o leídas ofrecen un potencial riquísimo todavía inexplorado para la enseñanza de la Ética. Al respecto concluye Peña Vial en el artículo mencionado (*ibid.*: 50): «(...) el hecho es, queramos o no, que cada vez más toda educación aspirante a difundir valores y un sentido de la vida requiere revestir de carne e historia las ideas, hacer concreta y narrativa su explicación. Mantenerse en el plano abstracto de las ideas, no acompañarlas de correlatos imaginativos, emocionales, metafóricos y narrativos, es exponerse a fracasar, a no ser escuchado o a tener como única respuesta el bostezo de aburrimiento».

La narración como renovación, evasión y consuelo

Para finalizar este trabajo, vamos a considerar sintéticamente el aporte que nos brindan aquellos que, desde la literatura, han hecho de las narraciones la clave de bóveda a partir de la cual han mirado la vida. Me refiero a Lewis Tolkien -de quien tomamos el título de este apartado- en su apreciación de los cuentos maravillosos.⁷ Consideramos inestimable la visión de estos autores como medio de superar el agnosticismo, la desesperanza y la falta de magnanimidad propia del ambiente cultural en que nos hallamos inmersos.

⁷ «Cuando tenía diez años, leía cuentos de hadas en secreto y me habría avergonzado si me hubieran sorprendido haciéndolo. Ahora que tengo cincuenta, los leo sin ningún recato. Cuando llegué a hombre deje de lado las niñerías, incluidos los temores infantiles y el deseo de crecer pronto» (Lewis, (2004/1952: 40).

Para ambos, el cuento participa de la intrínseca verdad de la realidad. La verdad que manifiestan los buenos relatos es la misma que aquélla que comparten la Historia y la leyenda; una verdad mucho más profunda que el mero carácter fáctico de los hechos acaecidos en lo que llamamos el «mundo empírico»:

No es difícil imaginar la singular emoción y el júbilo que llegaríamos a experimentar si descubriésemos que algunos de los más bellos cuentos de hadas son «primariamente» verdaderos, que su contenido es histórico, sin que tengan por ello que perder la significación mítica y alegórica que poseen. Y no resulta difícil porque a nadie se le pide que intente concebir algo cuyas cualidades se desconocen. El gozo tendría exactamente la misma naturaleza, si no el mismo grado, que el que proporciona el desenlace en un cuento de hadas; con el mismo sabor de la verdad primaria. (Si no, su nombre no sería «gozo».) Se va el alma detrás de la Gran eucatástrofe [Buena catástrofe]⁸, (o delante de ella ... que en este caso la dirección es lo de menos). (...) El arte se ha autenticado. (...) La Leyenda y la Historia se han encontrado y fusionado (Tolkien, 1994/1988: 189-190).

Esto es, los cuentos de hada brotan de nuestra necesidad de proyectar y de cantar el ideal, debido justamente a su ausencia. Sólo cuando el hombre cayó de la serena plenitud de lo humano a la cual estaba

⁸ En la Carta 89 de 1944 (Tolkien, 1993:) le dice a su hijo: «(...) acuñé el término ‘eucatástrofe’: el súbito giro feliz en una historia que lo atraviesa a uno con tal alegría que le hace saltar las lágrimas (lo cual es la más alta función que cumple un cuento de hadas)».

llamado comenzó su necesidad de recordar, por diversos modos, esa plenitud. Así, del canto y del llanto de haber destruido el cuento de hadas que había preparado Dios para nosotros, surgió nuestra necesidad de cantar y contar cuentos de hadas. La plenitud humana en que habíamos sido concebidos es ahora un desgarró, una herida que sanar. Los cuentos de hadas nos ayudan a volver hacia atrás para saciar nuestra hambre de grandeza, de luminosidad.⁹

El corrolato entre el cuento de hadas y la reminiscencia del hombre con su estado original constituye el cimiento más profundo para avalar su empleo en nuestra propuesta. En esa lucha de reconquista, que es un navegar doloroso hacia una patria definitiva, hay dos faros que guían nuestro camino: un faro plantado de donde venimos y otro plantado hacia donde vamos. La realidad de que alguna vez fuimos **Edén** y que alguna vez, si no desviamos el rumbo, seremos **Cielo**. Necesitamos mirar hacia atrás, porque todo ello nos recuerda la plenitud de lo que somos. Necesitamos mirar hacia adelante para picar constantemente nuestro espíritu con las espuelas de la esperanza, y que ello se convierta en acicate permanente de nuestras ansias de absoluto. Si no miramos hacia adelante, erraremos el camino. Y lo mismo sucederá si no miramos hacia atrás,

⁹ Aunque a Tolkien no le gustaba hacer de las obras literarias alegorías, lo cierto es que su obra tiene un sentido religioso y moral indudable. El mismo sostenía que «(...) el mito y el cuento de hadas, como toda forma de arte, deben reflejar y contener en solución elementos de moral y verdad (o error) religiosa, pero no de manera explícita, no en la forma conocida del mundo primordialmente *real*» (Tolkien, 1993: 174; Carta 131 de 1951).

porque corremos el riesgo de olvidar qué manos moldearon nuestro barro. Mirar hacia atrás para saciar el hambre que nuestro espíritu tiene de cuentos de hada¹⁰:

*Sacia el hambre que tienes de héroes incólumes de toda seducción carente de nobleza, sacia el hambre que tienes de héroes capaces de enfrentar fieros enemigos que buscan su sangre, sacia el hambre que tienes de héroes capaces de arriesgar hasta lo último por un amigo, el amor de una doncella, la patria en peligro. Sacia, aunque sea de vez en cuando, la clamorosa necesidad de tu espíritu de vagar por mundos immaculados, de tratar con hombres immaculados. Dale a tu espíritu la embriagante satisfacción de poder cabalgar y reír con libertad, entre aquellos que perfectamente entienden tu cabalgar y reír con libertad. Aprende a proyectar tu ideal humano, defiéndelo como a la vida o no serás nada.*¹¹

El Edén... es como un anhelo, el más profundo y sentido de nuestros anhelos.

El Edén... es como una aventura, la más riesgosa y salvaje de las aventuras que podemos vivir.

El Edén... es como un sueño, el más intenso y conmovedor de los sueños que jamás hayamos soñado.

En síntesis, la **renovación**, en Tolkien, nos invita a mirar con otros ojos la realidad,

¹⁰ Cfr. Tolkien (1997). Esta «simplificación» de la mitología tolkiniana la extraemos de un texto que, bajo el título *Entre el cielo y la tierra ...el Edén*, llegó a mis manos hace once años mientras leía por primera vez esta obra de Tolkien. Desconozco el autor.

¹¹ *Ibidem*.

a recuperar la visión primera de las cosas de la mano de la humildad. Esa visión nos devuelve el tesoro que encierran las cosas sencillas que alguna vez, la primera vez que nuestra sensibilidad las descubrió, nos regalaron el encanto de su pureza original. La **evasión** satisface los anhelos más profundos del alma humana: escapar del hambre, la sed, la pobreza, el sufrimiento, la injusticia y la muerte, pero además nos otorga la libertad de visitar las aguas profundas, de volar graciosamente como las aves, de rescatar de la muerte con un beso. Y, finalmente, los cuentos de hadas nos otorgan el **consuelo** del final feliz: «Nos proporcionan el Gozo, que los límites de este mundo no encierra (...). Cuando en un relato así llega el repentino desenlace, nos atraviesa un atisbo de gozo, un anhelo del corazón, que por un momento escapa del marco, atraviesa realmente la misma tela de araña de la narración y permite la entrada de un rayo de luz» (Tolkien, 1994/1988: 85).

El peor crimen que podemos cometer con nosotros mismos es dejar de **anhelar**, de **aventurarnos**, de **soñar**. Asomemos nuestra mirada a la puerta del Edén de la mano de las narraciones y no privemos de su fantasía a los más pequeños.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Calvino, Ítalo (1995). *Punto y aparte. Ensayos sobre literatura y sociedad*. Barcelona: Tusquets (trad. del original italiano de 1980).

Carpenter, Humphrey (1990). *J.R.R. Tolkien. Una biografía*. Barcelona: Minotauro (trad. del original inglés de 1977).

de Finance, Joseph (1980). La sordera para los valores. *ETHOS, Revista de Filosofía Práctica*, 8, 51-66.

García Pintos, Claudio (2007). *La logoterapia en cuentos*. Buenos Aires: San Pablo.

Innerarity, Daniel (1995). *La irrealidad literaria*. Pamplona: EUNSA.

Lewis, C.S. (2004). Tres formas de escribir para niños. En: Lewis, C.S. *De este y otros mundos. Ensayos sobre literatura fantástica*. Barcelona: Alba Editorial (trad. del original inglés de 1982).

Lukas, Elizabeth (2008). *Psicología espiritual*. Buenos Aires: San Pablo.

Peña Vial, Jorge (2002). *La Poética del tiempo. Ética y estética de la narración*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Peña Vial, Jorge (2006). Relevancia de las narraciones en la educación moral. *Intersticios*, 11(25), 41-56.

Steiner, George (1992). *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?* Barcelona: Destino (trad. del original inglés de 1989).

Tolkien, J.R.R. (1993). *Cartas*. Selección de Humphrey Carpenter, con la colaboración de Christopher Tolkien. Barcelona: Minotauro (trad. del original inglés de 1981).

Tolkien, J.J.R. (1994). Sobre los cuentos de hadas. En: Tolkien, J.J.R. *Árbol y hoja*. Barcelona: Minotauro (trad. del original inglés de 1988).

Tolkien, J.R.R. (1997). *El Silmarillion*. Barcelona: Minotauro (trad. del original inglés de 1977).

Trilling, Lionel (1969). *Más allá de la cultura y otros ensayos*. Barcelona: Lumen (trad. del original inglés de 1965).

**THE VALUE OF NARRATIVES IN
THE ETHICAL-PSYCHOLOGICAL
FORMATION OF CHILDREN OF
PRIMARY LEVEL**

Abstract

The purpose of this work is the foundation, from psychology and ethics, of the use of narratives to form an attitude that promotes the discovery, integration and realization of values in children in the second cycle of primary level.

To this end, we conducted an interrelationship between Elizabeth Lukas's research, from speech therapy, Jorge Peña Vial from Ethics and the role of renewal, evasion and consolation that literature has always offered.

This triangulation allows us to point out the potential of narratives as a factor in preventing certain psychological diseases -required at the present cultural juncture- and the educative-moral role that reading and reception of various narratives, provide for the formation of personality.

Key words: narratives – moral education – therapeutic power of reading – primary level

Datos y dirección de la autora

Prof. y Lic. en Ciencias de la educación por la Universidad Católica Argentina, Doctoranda en Educación por la Universidad Católica de Cuyo, sede San Luis, en el tema «Modelo pedagógico-didáctico de valoración perfecta», Rectora del Instituto de formación docente Isabel la Católica, San Rafael, Mendoza.

Correo electrónico:

mgiglio1984@gmail.com